

La Sexualidad y el Psicoanálisis

Por: ENRIQUE GUARNER
(Primera Parte)

Es conocido el hecho de que los antiguos egipcios ya tenían ciertos tabús con respecto al sexo, lo cual resulta interesante pero carece de relevancia al saber poco sobre las circunstancias que los determinaron. Por lo que toca a los griegos, ellos podrían conectarse con algunas de las posiciones modernas, puesto que eran permisivos con ciertas desviaciones. Es así como Homero en «La Iliada» describe el amor que sienten los guerreros y un cierto grado de inversión aparece en la liga de Aquiles y Patroclo. En el «Simposium», Platón señala el amor sublime y parece referirse más bien a la amistad entre dos hombres que a la que podría existir entre el varón y una mujer.

Los helenos no se mostraban temerosos de expresar sus sentimientos homosexuales y el cuerpo de

los jóvenes atletas era admirado, llenado de elogios en los poemas y cincelado en las esculturas más bellas. No obstante, los códigos penales atenienses contenían leyes que provenían de Solón en el siglo VI antes de J.C. que condenaban cualquier abuso sexual. También se protegía a los niños contra la seducción por parte de los adultos, así como la prostitución de los hijos por los padres, lo cual era objeto de severos castigos.

La idea de la indecencia en relación con el sexo parte de los romanos, puesto que ellos denominaban a las enfermedades contraídas en el coito «morbus indecens». Sin embargo, los latinos dieron enorme importancia a lo erótico y muchos personajes que incluyen a Julio César eran bisexuales. Este último resultaba atractivo aunque siempre estuviera preocupado por la delgadez de su cabellera. Casóse en varias ocasiones, algunas de ellas por razones políticas y siguiendo la costumbre de su tiempo fue

tan promiscuo que Curio lo llamó: «El esposo de toda mujer y la esposa de cualquier hombre». César a lo largo de sus campañas conquistó tierras, dinero, varones y mujeres famosas como Cleopatra en Egipto, la reina Eunos en Numidia y tantas doncellas como esclavos, por lo que sus soldados le llamaban «el adúltero calvo».

Petronio retrata una sociedad sin restricciones morales cuyo único fin en la vida era la búsqueda del placer. «El Satiricón» mezcla de verso y prosa de la que solamente sobreviven fragmentos comienza con la seducción de un hombre joven, quien posteriormente se dedica a conquistar cuanto ser se le presenta enfrente.

En «Las vidas de los Césares» de Suetonio se relatan todo tipo de orgias que llevaba a cabo Nerón, en las cuales tanto los hombres como las mujeres sufrían todo tipo de crueldades sexuales. El surgimiento del Cristianismo trajo una moral estricta y la vigencia de la monogamia colocó al impulso erótico dentro de ciertos límites, dando a la mujer un papel fundamental puesto que la iglesia se interpuso en los casos de divorcio. Sin embargo, la religión se oponía a las relaciones fuera del matrimonio fundamentando que la vida humana debería ser una lucha constante contra la tentación.

Por lo que toca a los musulmanes el crecimiento de su riqueza dio paso a una ética liberal y el paraíso no era otra cosa que un lugar donde las vírgenes esperaban la llegada de los guerreros.

El Renacimiento permitió una cierta liberación sexual que se continuó por algunos siglos y el escritor Adam Smith en su «Theory of Moral Sentiments» publicado en 1759 señalaba: «En cada sociedad donde se establece una diferenciación de clases, existirán dos esquemas o sistemas: uno que podría calificarse de austero o conservador y otro liberal. El primero es reverenciado por los de arriba y la gente común, mientras el otro será adoptado por los que pudiera denominarse personas de moda».

Una figura importante dentro de este segundo grupo fue Donatien Alphonse Francois, mejor conocido como el marqués de Sade, quien resultó pionero dentro del libertinaje sexual. Este personaje nació en París en 1740 viniendo de una familia aristocrática. Por razones que desconocemos no creció en la casa de sus padres sino en la de un tío. Después de algunos estudios en Humanidades ingresó a la edad de 18 años en la caballería destacando en varios combates en la «guerra de siete años».

En 1764 el marqués se casó con una mujer extremadamente rica que pertenecía a la alta burguesía y pronto se produjeron los primeros escándalos cuando fue acusado por unas prostitutas de inducir las a ciertos actos perversos no incluidos en lo que habían contratado.

Posteriormente una ramera reportó a la policía que Sade le había dado latigazos y valiéndose de un cuchillo puntiagudo abierto una lesión en la espalda que quiso rellenar con cera. Por esta razón el marqués pasó varias semanas encarcelado y su esposa se enteró de la vergonzosa fechoría.

Al salir de la prisión el ya famoso marqués de Sade fue inculpadó de haberle hecho ingerir el afrodisiaco conocido como «la mosca española» a una jovencita. Con el objeto de no sufrir una nueva condena nuestro personaje huyó a Sardinia siendo sentenciado en ausencia.

Retornó a Francia en 1776, pero no había escarmentado en lo más mínimo, puesto que comenzó a organizar orgías a las que asistían adolescentes a las cuales iniciaba en las prácticas sexuales. Finalmente su suegra consiguió que se le arrestara y el fallo del

juicio lo condenó a doce años de cárcel. Como consecuencia la esposa ingresó en un convento donde permaneció hasta su muerte.

A lo largo del encarcelamiento el aburrimiento y la rabia llevaron al marqués de Sade a escribir diferentes obras. La primera de 1782 se intituló «Diálogo entre un sacerdote y un moribundo». En ella el autor de pruebas de su ateísmo desafiando los convencionalismos sociales.

A los cinco años de castigo Domitien escapó de la prisión, pero tardó poco en volver a ser arrestado y se le llevó a la Bastilla. Allí en un rollo de 12 metros de largo escribió «Los 120 días de Sodoma», notable en el campo de la descripción de la patología sexual.

Al iniciarse la Revolución en 1789 el aristócrata fue trasladado al manicomio de Charenton, pero el Tribunal de la Comuna lo dejó en libertad en 1790. Fue por esas fechas cuando se publicaron sus obras que incluían «Justine», o la desgracia de la virtud y finalmente «La Filosofía de la recámara». Durante el período napoleónico prosiguió con su moral hedonista y escribió libros de menor importancia por los cuales se le internó nuevamente en Charenton donde falleció en 1814.

Setenta años después de su muerte el célebre sexólogo austriaco Richard von Krafft Ebbing utilizó por primera vez el término sadismo para describir la violencia sexual. Este sería el equivalente a una necesidad de degradar e infligir dolor al objeto amoroso para obtener placer. En realidad Sade ha pasado a la historia como uno de los iniciadores de la posterior revolución sexual, al hacer una apología del derecho humano a sentir sus verdaderos instintos.

Unos años después de su muerte, o sea, en 1836 nació en Lemberg, Leopoldo von Sacher Masoch, cuyo deseo erótico lo llevó a sufrir dolor y humillaciones. Aunque algunos autores trataron de hallar una explicación en la relación con el padre quien era jefe de la policía de Galicia, la teoría no ha podido ser demostrada.

De acuerdo con las «Memorias» de la segunda esposa de Leopold, éste sentía una pasión por los abrigos de pieles que partía del libertinaje de su tía Cenobia. Ello sucedió porque de niño, escondido dentro de un armario que contenía estos artículos, la espiaba practicando el coito con su amante. La situación voyeurista le provocaba una extremada excitación erótica.

Cundo Sacher Masoch fue adulto buscó en forma exclusiva mujeres que le satisficieran sus deseos de ser humillado y denigrado, dejándose golpear o flagelar. Su placer alcanzaba la apoteosis cuando ellas aceptaban realizar el coito con otros hombres y nuestro personaje pudiera observarlas.

El libro principal que Leopold Sacher Masoch escribió muestra cierto talento. Efectivamente, en 1886 publicó «La venus de las pieles», la cual fue elogiada por los críticos literarios de «Le Figaro» y la «Revue de deux monde» y hasta se le premió al hacerlo caballero de la legión de honor. El argumento de la obra se basa en Severina, una mujer que esclaviza a sus amantes. Ella los maltrata con un látigo mientras esta cubierta únicamente por un abrigo de mink y durante la flagelación cuenta cada una de sus infidelidades. La obra está bien escrita por un hombre de patente cultura y al final redime a la víctima de sus obsesiones.

Al igual que en el caso del Marqués de Sade, Krafft Ebbing acuñó el término masoquismo en su «Psicopatía Sexualis» que data de 1886. Este constituiría la inversión del sadismo buscando dolor en las relaciones sexuales. Leopold von Sacher como el marqués de Sade también falleció en un manicomio en 1895. (Continuará).